

“ANTIDOTO CONTRA LA MUERTE”, OBRA FILOSOFICA  
INEDITA DEL HEBRAISTA ANTONIO M.<sup>a</sup> GARCIA BLANCO

EN los estantes repletos de curiosidades bibliográficas de un ilustre abogado de la ciudad de Loja, la casualidad nos deparó el encuentro de un curioso manuscrito cuyo propietario, don Juan María Santaella Godoy, nos prestó para su detenida lectura y proporcionarnos la ocasión de conocer en su verdadero alcance la faceta filosófica del hebraísta Antonio María García Blanco.

La personalidad del autor del manuscrito en el campo de los estudios semíticos en España, concretamente en las investigaciones y enseñanza de la Lengua Hebrea, hicieron escuela en el siglo XIX, y se le recuerda especialmente por su galardonado *Diqdûq*<sup>1</sup>, con algunas de sus singulares deducciones. Pero García Blanco no es conocido todavía en todas las dimensiones de su vida, quehaceres y peripecias<sup>2</sup>, tan ajetreada como la política española de su tiempo y en íntima relación, a lo que parece.

---

<sup>1</sup> «*Diqdûq*» o «*Análisis filosófico de la Escritura y Lengua Hebrea*», por el doctor don Antonio M. García Blanco, profesor de la Universidad Literaria de Madrid, publicado en tres partes y fechas distintas: 1846, 1848 y 1851, respectivamente.

<sup>2</sup> Junto al manuscrito en cuestión, se nos proporcionó también una «*Biografía de don Antonio María García Blanco, escrita por sí mismo, o sea Historia compendiada de los conocimientos hebreos en España*» (Madrid, 1869. Imprenta de Tomás Rey y Compañía. Folleto de 19 por 13 cm., 43 págs.). De conocerla, habría sido esta autobiografía muy útil a Pilar Parra Garrigues y a las varias enciclopedias que tratan de este autor.

El manuscrito de referencia, fechado en Madrid el día 13 de abril de 1854, consta de 188 folios numerados, en perfecto estado de conservación y escrito con elegante caligrafía española. Su título es "*ANTIDOTO CONTRA LA MUERTE*", exprimiendo a guisa de subtítulo el índice de sus seis capítulos: "*Contemplación acerca de Dios y la naturaleza; consideración respecto al hombre y sus factores; meditaciones sobre la vida, y reflexiones sobre la sociedad, la religión y la filosofía*". Culmina la obra con un largo "*Resumen*" (folios 140-161a), "*Contraestímulos del antídoto*" (fol. 161b-179a), una breve "*Conclusión*" (folios 179b-181a) y, finalmente, esquematiza los 32 "*Principios fundamentales que han servido para la composición de esta obra*".

Al anunciar el hallazgo del manuscrito, para conocimiento de los especialistas o interesados en la materia, creemos conveniente ofrecer también un resumen de este "*Antídoto contra la muerte*", con lo fundamental de su pensamiento al respecto y siguiendo el mismo proceso con que aparece expuesto en el original<sup>3</sup>. Esta circunstancia en modo alguno implica que estemos identificados con la tesis de Antonio M. García Blanco, ni mucho menos con ciertas afirmaciones que reitera muy apasionadamente a lo largo de su exposición para fundamentar algunos argumentos que pudieron o no ser válidos en su tiempo; ideas, por otra parte muchas de ellas aceptadas por el Concilio Vaticano II, que se consideraban como brote de herejía cuando el autor arremetió contra *el terrorismo mortal* que privaba en el ánimo del hombre. Lanzó una hipótesis intentando alejar el temor a la muerte, fruto de prejuicios y defectuosa educación, y aventuró:

"No creo habrá nadie que me trate con razón de impío  
"ni insolente... Tengo derecho a pensar, tengo necesi-  
"dad de darme alguna razón de este trance tan temido,  
"veo que cada cual ha sido libre para explicárselo a su  
"modo y mirarlo con el prisma de su escuela, de sus  
"creencias o caprichos, y lo verifiqué del modo más sa-

<sup>3</sup> También, aunque no figuren entrecomilladas algunas citas textuales, se entiende que el cuerpo fundamental de este artículo se ha construido con las propias palabras de García Blanco.

"tisfactorio para mí. Si no es así, como yo me lo figuro, "quede otra vez en pie la cuestión, quede el fenómeno "como si nada hubiera dicho sobre él" (fol. 151b).

### INTRODUCCIÓN

#### (Extractos literales del libro)

Nada más espantoso que la muerte; nada más natural que su aversión y el desconsuelo que en pos de sí arrastra, y el miedo que delante de sí lleva por todas partes. El hombre que piensa mucho sobre ella, se estremece; el que procura no acordarse de semejante trance se ve sorprendido a lo mejor de su indolencia. ¿Qué fantasma es éste que a todos persigue, que a todos amedrenta, que jamás pierde su aterrador prestigio por más que generaliza su presentación, por más que se sabe de cierto sus inopinadas salidas y se conoce el brusco modo y lento paso que tiene de acometer?

He aquí el motivo de emprender esta obra: La necesidad que hay de fijar las ideas sobre un punto tan interesante, infalible y peligroso por las funestas consecuencias que por todas partes veo pulular de la *falta de reflexión, meditación, contemplación o consideración sobre la muerte*, o del exceso de cualquiera de estas funciones animásticas por piedad, religiosidad, fanatismo, voto, costumbre, educación, preocupación, debilidad u otras causas.

Unos, atemorizados con la certeza y lo inopinado de la muerte, tiemblan de pensar en ella. Adormecidos otros con su frecuencia o con lo sordo y lento de sus pasos, parece que se olvidan de que ha de venir, y procuran distraerse de tan inevitable como cierto e inseguro trance. Quién aconseja que se esté de continuo pensando en ella. Quién, que confiamos en la bondad y misericordia de un Dios amorosísimo y liberal por esencia. Este ve en la muerte el freno de sus debilidades y pasiones. Aquél la tiene por un continuo estímulo o excitante a los placeres transitorios, o a la indiferencia más estoica. *La Religión* la cuenta y predica como uno de los novísimos del hombre, el más poderoso para humillarlo y atraerlo hacia su Dios. *La Sociedad*

la proclama como el mayor de los castigos y la denomina última pena que puede imponer a un delincuente. *La Naturaleza* la explora y reconoce como necesaria. *El Hombre* la llora sin saber por qué. *El Espíritu* se consuela con que a él no le alcanzará tal cataclismo. *La Filosofía* la mira con desdén, con ceño y saña.

En tal conflicto pensaba yo qué hacer, qué partido tomar, cómo eximirme de un torcedor tan molesto, si es tormento; cómo exitarme de un letargo tan funesto, si es narcótico; cómo reír aunque todos lloren, si es risible; cómo consolarme y no decaer en un trance tan forzoso y formidable. Tal es el objeto de mi obra.

Para ello consulté a Dios y a la Naturaleza desde lo más santo de su santo templo (contemplación!); pregunté al Hombre y a sus factores, alma y cuerpo, desde los astros (consideración!); examiné su vida, medí su existencia moral, social y religiosa; medité e invoqué la Religión (meditación!); medí con la Filosofía el tiempo y el espacio, la fuerza física y la inteligencia; miréme a mí mismo y miré con atención a mis semejantes (admiración!); recordé lo pasado, doblé, desdoblé e inflexioné lo más remoto (reflexión!). Y me parece haber llegado a encontrar un *antídoto contra la muerte*; un calmante de sus vehementes estímulos; el excitante más eficaz de un soporífero letargo; el lenitivo de los aparentes o reales dolores que causa; el remedio de las mortificantes llagas que deja en el alma de los que sobreviven; el específico contra sus mortales accesos, y el preservativo de su pernicioso contagio. Hallé un enérgico estimulante que me libre de la debilidad o atonía que en pos de sí lleva tan desesperado acceso; hallé medio de exitarme a neutralizar la inercia y dejadez que le preceden; hallé un prisma que me presenta el escuálido semblante cadavérico con toda la animación y gracia de un ser que vive y goza y reina y exhorta a los que le sobreviven. Oí la voz del Cielo que decía por boca de Job: *beati mortui qui in Domino moriuntur*<sup>4</sup>; y con ella he hallado el único modo de morir en el Señor **SIGUIENDO Y CUMPLIENDO CADA UNO SU DESTINO**. Hallé, en fin, mi consuelo, mi tranquilidad, mi bienestar; y voy a co-

<sup>4</sup> Más exacta referencia de Apocalipsis 14<sup>13</sup>.



El Dr. Don ANTONIO M.ª GARCIA BLANCO  
Catedrático de Lengua Hebrea en la Universidad Central de Madrid.  
Nació y murió en Osuna (Sevilla), 1800-1889.

municarlo con mis semejantes, por si quisieren seguirme y aprovecharse de mis altas *consideraciones*, de mis humildes *contemplaciones*, de mis profundas *meditaciones*, de mis serias *investigaciones y admiraciones* interesantes, del examen y reflexión que hago sobre todo cuanto puede atenuar el general horror a la muerte.

Dichoso yo si consigo inspirarme a mí mismo de un modo digno y comunicar a mis semejantes los sentimientos que creo debe tener todo hombre acerca de su vida y de su muerte; de su creación, formación y destino; de su cuerpo y de su espíritu; de su religión y creencias; de la sociedad en que vive y de la filosofía que le rige!

Dichoso yo si contribuyo con un átomo, siquiera pequeñísimo, a secundar las grandiosas miras de un Criador omnipotente y sabio!

Dichoso yo y mil veces feliz, si encuentro a Dios antes de la muerte; si aprendo y enseño a amarle sin mortificaciones ni quebrantos violentos; si consigo darle a conocer a todos cómo El es, y reconocerlo yo en mí mismo, en mis factores, en la vida que corro, en esa misma muerte aparente que espero, en la sociedad a que pertenezco, en la naturaleza cuya tenuísima parte formo, en el porvenir y ultratumba que creo, en el universo que considero, en el tiempo que mido y medito, y en la Eternidad que desconozco y contemplo!

Dichoso yo y feliz, si hago algo por mi Dios, por mi prójimo y por mí mismo! <sup>5</sup>.

### *Capítulo 1.º*

#### CONTEMPLACIONES ACERCA DE DIOS Y LA NATURALEZA

Dios, primera causa necesaria de todo cuanto existe, crió lo que hoy llamamos Naturaleza, que es la misma Divinidad exteriorizada o reflejada en sus obras, incomprensible como El, santa y próspera esencialmente. Este Dios y esta Naturaleza

---

<sup>5</sup> En consecuencia con el subtítulo de la obra y el plan apuntado en la *Introducción*, pasa a desarrollar los seis capítulos o partes que entiende suficientes en el cuerpo de la misma, que resumimos por su mismo orden.

quisieron, a lo que vemos, establecer cierta cadena de seres o de existencias, cierta gradación de vida en todo lo criado de manera que, una vez comenzado a funcionar tal máquina universal, no sea necesario nuevo impulso creador, o le baste sólo la influencia de una providencia conservadora.

Semejante manifestación es claro que no ha podido hacerse sin largos e importantísimos episodios, sin continuas transformaciones, variadas y armonizadas según conviene al mejor éxito de la obra. *La muerte no es más que una de esas muchas transformaciones que sufre el viviente para cumplir su destino en la tierra y fuera de la tierra*; uno de aquellos episodios por que pasa todo cuanto existe para corresponder a las incomprensibles miras y designios del Criador; un fenómeno natural de suyo indiferente, como cualquiera otro de los innumerables que observamos, experimentamos o sentimos en nosotros mismos o en los demás seres que con nosotros constituyen lo que se llama Naturaleza. Episodio, transformación y fenómeno nada formidable a la verdad, pues sólo conocemos sus efectos; sus leyes y constitutivo esencial no lo alcanzamos y parece, por lo mismo, lo más pueril y ridículo temerlo, lo más impío el rehusarlo, lo más temerario el empecerlo o anticiparlo, lo más cruel, inhumano e injusto desearlo a nadie ni echarlo en cara, o abatirlo con su recuerdo.

La muerte, digo, no es asunto ni para temido ni para procurado con violencia; es un trance natural que en vano queremos arrebatarse de las manos a quien lo dispuso y sustraernos a su alcance. Bajo tal concepto, pues, ni la razón divina, ni la razón humana o Religión, ni la piedad, ni el egoísmo más refinado ni la filantropía o solidaridad necesaria en todo hombre, permiten que tengamos ese horror que generalmente se tiene a la muerte.

## Capítulo 2.º

### CONSIDERACIONES SOBRE EL HOMBRE Y SUS FACTORES

Tampoco lo permite la consideración del Hombre, ni la de sus factores cuerpo y alma. El hombre, en general, como parte minutísima del Universo, mirado en sí y en relación con los as-

tros, con el planeta que habita, con los minerales, vegetales y animales que forman o pueblan el globo, con el aire y la atmósfera que le rodea, con todo cuanto existe, no da margen a que preconcebamos ninguna idea triste ni espantosa de la muerte; antes, por el contrario, parece incitar a que deseemos estrecharnos más y más con todas aquellas partes componentes del universo y cooperar más activamente con ellas a la gloria y majestad divina que ostentan a toda luz.

Preguntad a la Ciencia, la Historia, la Naturaleza o al Hombre mismo acerca de su origen, lugar que ocupa en el universo, parte que forma, lo que es esencialmente y han sido cuantos le precedieron. Sólo un imponente silencio, *un no sé eterno* es lo que percibimos por doquiera. *No sé* cómo se forma el hombre; cómo nace vivo, se alimenta y nutre; cómo crece o decae y muere. *No sé* qué influjo tiene sobre el viviente el aire que respira. *No sé* qué papel es el que desempeña el humano al lado de tantos mundos, de tanto viviente, de tantos seres animados o inanimados. *No sé* por qué se ensoberbece tanto y se declara a sí mismo rey de la naturaleza. *No sé* por qué se apesadumbra al pensar en su muerte o al presenciar la de sus semejantes. *No sé* por qué ofende así a la divinidad previsora y providentísima que cuida de reemplazar a los que se mueren con otros acaso más a propósito para los oficios que deplora el humano como vacantes. *No sé* cómo siente tanto el mortal la pérdida de un cuerpo enfermizo, de una belleza efímera, de una molestia continua, de una engañosa robustez, de un bienestar aparente, de una riqueza vana y de una organización delicadísima. *No sé*, suena por todas partes, cómo vivo, ni qué son estos factores que me componen. *No sé* si el cuerpo es esa masa inerte, que dicen, incapaz de sentir ni de pensar. *No sé* si será este cuerpo quien piensa o como no piensa, quien enaltece al hombre, quien le proporciona goces y esa felicidad que disfruta mientras vive, quien lo llama a más goces y a otra felicidad después de muerto.

Nada de esto sabemos y, con todo eso, ¿nos atrevemos a llorar la muerte de tal cuerpo y la sancionamos como mal o la rehusamos cuanto es posible?

Mas si el llanto y la resistencia es por el alma, qué cosa más tonta;..., si *no sabemos lo que es el alma*, cuándo ni cómo

empieza a ser, cómo funciona ni deja de funcionar. No sabemos si es el constitutivo esencial de la felicidad humana, como decían los epicúreos; si es insensible al bien y al mal, según Pirrrón; si será una porción segregada de la suprema inteligencia, al decir de Pitágoras; o la emanación de un genio bueno o malo, como quería Platón. Pero *no es ningún absurdo el suponerla de la misma índole y naturaleza que el cuerpo*; que éste sea como la parte más tosca o grosera de la materia, y el alma lo más etéreo, sutil y volátil; que el universo criado forme como una inmensa pirámide cuya base sea la materia, cuya cúspide esté en Dios, todo ello tan compacto y uniforme que tocar en la base fuera tocar y afectar a la cúspide, que moverse o afectarse la cúspide fuese conmoverse y estremecerse toda la pirámide. En este concepto, que no es más que una suposición igual a la de aquellos filósofos, ¿no es absurdo el temor de la disolución del cuerpo y separación del alma, pues carece de todo fundamento y no se sabe lo que es esencialmente ni lo uno ni lo otro?

Mas si se cree que el alma es espíritu inmortal y el cuerpo su cárcel o destino temporal, y mucho más si se admite nuestra suposición de ser una sola cosa..., en cualquiera de estos dos extremos, la muerte, si no es del todo indiferente, al menos no es tan deplorable y espantosa como quiere suponerse, que es el objeto de este antídoto.

### Capítulo 3.º

#### MEDITACIONES SOBRE LA VIDA HUMANA

Si se consideran todas las definiciones y sentidos que de ella se han dado <sup>6</sup>, la vida humana no es en manera alguna rémora u obstáculo para que recibamos la muerte con resignación, con gusto y con alegría, como que es la realización de un gran fenómeno que se ha venido anunciando no con terror sino con

<sup>6</sup> En este punto recoge toda la serie de significaciones que sobre la vida humana se han aportado, desde las más conocidas hasta las definiciones de filósofos, sabios y poetas clásicos y modernos, y la propuesta por el autor: «violento poder de ministerio» (fol. 35b), significado simbólico de las letras de la palabra hebrea *hayim*, «vida».

satisfacción, con placeres y con calma, desde que fuimos concebidos.

Desde que el viviente comienza a serlo empieza a recibir avisos misericordiosísimos de que la vida es un periodo de transición, desde que es feto, y luego criatura viva, joven después y adulto; y cuando es anciano siente decaer sus fuerzas. La muerte, pues, es una consecuencia lógica de los estados anteriores vitales; un nuevo estado, una nueva era de suma prudencia, de absoluto descanso, al parecer de eterna quietud, de reconcentración, de *igualdad, fraternidad y libertad santa*.

Por la muerte queda el viviente como antes estaba, funcionando sin saber lo que hace, obrando espontánea y necesariamente, afectándose y afectando a cuanto le rodea, pasando de un estado a otro continuamente, variando de dimensiones por instantes, de peso, figura, consistencia, irritabilidad y contractilidad. En consecuencia, la meditación sobre la vida humana y animal aleja todo terror a la muerte.

#### Capítulo 4.º

##### REFLEXIONES SOBRE LA SOCIEDAD

Mucho más se depone semejante terror en reflexionando un momento sobre la Sociedad, su objeto, fin, obligaciones y derechos, que todo ello es una farsa, un juego, una necesidad satisfecha de cualquier modo, una cadena continua de deberes y derechos sin cumplir; un abismo de incomodidades sin fondo ni límites, ni objeto sano; un continuo torcedor de violencias, etiquetas, modas, privaciones y caprichos.

En la sociedad humana el hombre se anonada, en la civil se desnaturaliza, en la religiosa se enajena de su Hacedor, y en todas ellas se ensoberbece olvidándose de su destino y alucinándose con la falsa brillantez de ideas irrealizables. Su marcha en sociedad no es la de la naturaleza, y en ella se le pinta la muerte como un término fatal, en vez de presentársela o anunciársela como un tránsito natural y necesario de todo viviente, de todo hombre social o salvaje, a su ulterior destino, como el premio debido a sus merecimientos físicos, morales, individuales y universales.

Esto es la Sociedad mirada por el lado del hombre; mientras que por el de Dios es uno de los poderosísimos resortes, de los innumerables estímulos o sistemas de relación que puso la divinidad en el mundo para la armonía de sus partes, para la conservación y perfeccionamiento de su admirable obra. Así, los hombres se agrupan para procurarse mayor felicidad o número de goces, para perpetuar la especie, para embellecer el globo y secundar el orden y armonía establecidos por el Criador en la inmensa e incomprensible obra de su omnipotencia y majestad universal. Bajo estos dos conceptos, la muerte es una necesidad, no un castigo el que se sucedan las generaciones, el que se renueve la faz de la tierra.

Y si su temor es por si acaso no cumplió cual correspondía con su ministerio <sup>7</sup>, por si no llenó sus deberes de vida, ¿podrá lisonjearse de cumplirlo o llenarlo con algunos días más de espera? ¿No ve que, a proporción que se aumentan éstos, crecen las necesidades individuales o sociales? Necesidades, sí, que no cesan de clamar ni de molestar, que no ceden unas a otras sino con gran trabajo, exigiendo a la vez de todo hombre lo que apenas podría satisfacer muy sucesivamente, privándole o incitándole, coartándole o enorgulleciéndole. Ora educándolo o dejándolo de educar <sup>8</sup>, luego instruyéndolo o no dándole instrucción alguna, o dándosela muy equivocada. Después llamándolo para servicios penosos, para esquilmarle su hacienda, para impedirle el trabajo. Primero mimándolo, más tarde castigándolo, conminándolo, entonteciéndolo. Al principio lo infelicita la Sociedad para ejercer después con él la beneficencia pública, sácale su sustancia, quintale sus hijos, diézmale la tierra y le grava hasta el aire que respira. Todo es objeto de alcabala. Las leyes, en vez de proteger su laboriosidad y su industria, lo deprimen, lo vejan, lo incitan a la holgazanería y al contrabando. Las autoridades todas le molestan; la milicia le subyuga, los

<sup>7</sup> Al considerar la situación del profesional en la sociedad y la respuesta que de ella recibe, atiende a las profesiones o situaciones de sacerdote, abogado, militar, médico, comerciante, labrador, empleado, artesano, artista, literato; amo o criado, rico o pobre, jefe o súbdito, rey o vasallo.

<sup>8</sup> «Por gran adelanto en la educación y moralidad del pueblo, se cuentan hoy en Madrid media docena de escuelas de párvulos y alguna que otra en las capitales o ciudades más notables de España» (fol. 51a).

empleados le abruman y estafan, los magnates y los reyes lo han hecho un miserable maniquí. Oh, gran infancia! Qué juventud! Qué virilidad! Qué vejez! Y por término de todo y en medio de todo esto qué inmoralidad! <sup>9</sup>.

Esta es la civilización actual; ésta es la sociedad práctica, *tal como la vemos*, sin reticencias ni temor. El hombre que reflexione un poco sobre ello, el mortal que medite lo que deja en la sociedad al morir, lejos de intimidarse por tan natural y necesario trance, debe abochornarse de haber estado toda su vida sometido a un cúmulo de quimeras, ficciones, engaños tiránicos, procederes y personajes.

Al reflexionar el hombre que la legislación sólo sirve para aherrojarlo, vejarlo y reducirlo a la triste condición de siervo, vasallo, esclavo cuando menos de la ley; que la civilización no ha hecho más que entretener a la humanidad, criar la diferencia de clases, fortunas y categorías, poner trabas de hierro a la fecundidad, a la virginidad, a la ciencia y laboriosidad... Cualquiera que reflexione sobre esto, no podrá menos de maldecir a la civilización actual, a la sociedad tal como se halla constituida y tenerlas por enemigos de su alma, de su dignidad y felicidad.

En conclusión, la Sociedad, lejos de ser una rémora para recibir a la muerte con resignación, es un estímulo urgentísimo que nos la hace mirar al menos con indiferencia, si no es con alegría.

### Capítulo 5.º

#### ELUCIDACIONES SOBRE LA RELIGIÓN

No podrá menos de reconocerse que la Religión, importantísima necesidad instintiva del hombre en su origen, ha venido a ser con el tiempo y a fuerza de degeneraciones, un medio más de opresión y de infelicidad. La Religión y la Sociedad se han con-

---

<sup>9</sup> Son los argumentos, términos y punto de vista en que se situó también Quevedo para criticar a la sociedad de su tiempo. Para García Blanco todo es objeto de crítica, todos los acontecimientos históricos una pura mentira, para enderezar hacia la cabeza más alta, contra la Monarquía.

vertido en patrimonio de los sacerdotes y de los reyes, y ambas necesidades en nuevas y más estrechas religiones, obligaciones y vínculos que privan al hombre absolutamente de su libertad, reduciéndolo a un verdadero esclavo con el nombre de vasallo de la Iglesia a que pertenece, y de los eclesiásticos que la rigen y de las potencias todas de la tierra. Ya no alcanza nadie cómo razón y religión fueron y son una misma cosa. Tan ofuscada se halla la una, tan complicada ha llegado a resultar la otra!

Por haberse relajado los vínculos naturales de los hombres entre sí y con su Criador, por haberse roto las ligaduras de *confraternidad, correligiosidad y mancomunidad* católica que unían a todos los seres vivientes y no vivientes del universo, hubo necesidad de nueva religión o religación. Este fue el origen de las religiones reveladas, que manejan a los hombres como verdaderos maniqués y a los dioses como si fueran los más miserables interesados y vengativos mortales..., y la religión viene a agravar más y más la penible situación humana mandando cosas que no se alcanzan ni puede cumplir por sí solo el hombre más justificado, prohibiéndole lo que más apetece, conminándole de un modo atroz, improcedente y sanguinario, intimidándole con castigos eternos y prometiéndole bienes sólo para después de bien mortificado, espontánea o forzosamente, en cuerpo y alma, por tiempo y eternidades.

La religión de los patriarcas fue un dechado de naturalidad, de humanidad y sencillez. Con Abraham comenzó a complicarse asociando la necesaria adoración de la divinidad con iniciaciones y sacrificios dolorosos y sangrientos, partiendo del de su hijo, Isaac, y de la circuncisión, hasta las más ridículas privaciones y respetos. Moisés fue el primer legislador eclesiástico o religioso del mundo, y su cuerpo de derecho, aunque el más humano y bien entendido que se conoce, no deja de adolecer ya de aquellos defectos al exigir privaciones y sumisión a unos, privilegios y preponderancia en otros; ofrendas y sacrificios costosos, premios y castigos temporales con amenazas de otros eternos, misterios y figuras innecesarias, propias sólo para ofuscar al entendimiento de los creyentes, para alucinarlos y hacerlos más dóciles y sufridos.

Con este antecedente, los caldeos, asirios y babilonios tuvie-

ron también sus sacerdotes, sus ídolos o dioses, y sus ritos. Lo mismo hicieron los egipcios, las religiones de la India y el Indostán; hombres astutos y entendidos se apoderaron de la religión y de sus misterios, intimidaron a la multitud con sus oraculosas palabras y sus ademanes descompuestos, fascinaron, entontecieron y estafaron a los crédulos, triunfando de sus iguales.

En las religiones de Occidente hallamos poco más o menos los mismos sofismas que en Oriente y en Egipto. En ningún sistema revelado se deja funcionar libremente ni a la razón ni a la voluntad, ni al cuerpo ni al espíritu. Las religiones modernas, lo mismo que las antiguas, a todo tienden menos que a procurar el bienestar y la felicidad de los afiliados. Lo mismo que aquellas otras, sostienen *ominosa liga de sacerdotes e imperio*, haciendo a los sacerdotes imperantes y a los emperadores sagrados como sacerdotes. Un rey es un dios, impecable, inviolable y sagrado por la ley, con tratamiento de sacra real majestad. Un sacerdote es un déspota o rey tan absoluto que así absuelve como condena, así manda como quiere; su conciencia es la única regla de conducta.

Eslabonados así sacerdotes y reyes forman una doble cadena que aherroja al hombre y lo conduce prisionero de sus fanáticas creencias y respetos humanos. Si obedece y es buen siervo, vive feliz, pero vida y felicidad de esclavo; si se rebela, castigos y anatemas sobre su cuerpo y su alma, infelicidad positiva de presente y tremendas conminaciones para el porvenir. La potestad temporal acude con el hierro y con el fuego; la espiritual, con las excomuniones u ostracismo y el infierno. La una martiriza el cuerpo, la otra abate el espíritu, y entre las dos hacen de la vida humana un verdadero valle de lágrimas, el más horrendo suplicio.

Así coligadas las potestades de la tierra, viendo que ni aun los cadalsos de la una ni las conminaciones ni anatemas de la otra bastaban para contener a los hombres en la sumisión y obediencia, apelaron a la muerte, la una como castigo, la otra como novísimo tremendo. Aquí reside el origen del horror a la muerte: En la infanda liga del sacerdocio y el imperio, imponiéndola los magistrados y magnates como castigo, predicándola los sacerdotes y los necios como término de una vida y un principio

de otra nueva que nadie puede deponer, ni se sabe lo que será, sobre la que no cabe revelación ni hay nada revelado.

Nada de eso es de fe. *No es de fe* que todos hemos de morir, ni que la muerte es tremenda y espantosa, ni que al morir se celebre juicio alguno que decida del porvenir eterno del hombre, ni la mayor parte de lo que se hace creer comúnmente para intimidar y contener al mortal en lo que no debiera acaso intimidarse ni contenerse.

Lo que *sí es de fe* es que hay un Dios providentísimo, amorosísimo y sabio, que dispone todas las cosas y partes del universo según conviene y le place para su eterna glorificación; que el universo es su obra predilecta; que las partes o factores de este todo están regidas por unas leyes que nosotros no alcanzamos; que una de las más constantes leyes de este universo y sus partes, es la continuidad o sucesiva transformación de personas y estados que renuevan a cada instante la faz y el interior de la tierra. ¿Cómo es que pensamos y deploramos la muerte, no siendo más que una de tantas metamorfosis, un nuevo estado del viviente que sigue viviendo y siendo, aunque en distinto orden y con distintas funciones que hasta entonces?

La Religión, precisamente, lejos de allanar este trance o tránsito necesario, es la que lo ha hecho tan terrible y espantoso; que unida a la Sociedad, confabulada con ella y en íntima liga de intereses y opresión, es la que ha declarado, revelado y predicado lo que ni la carne, ni la sangre, ni el espíritu ni la materia, ni el hombre, ni la naturaleza predicán, revelan ni declaran.

### Capítulo 6.º

#### INVESTIGACIONES SOBRE LA FILOSOFÍA

La Filosofía, que en su vasta extensión comprende al individuo y a la especie, al hombre y a la sociedad, a la legislación y a la religión, al tiempo y a la eternidad, al Criador y a la criatura, nos suministró *catorce grandes teoremas*, que aplicados al asunto de la muerte, lo dejan a toda luz en su verdadero punto de vista, esclarecido hasta donde llegaron los hombres en sus más serias investigaciones<sup>10</sup>. Estos principios son:

<sup>10</sup> Hasta aquí y especialmente en los capítulos 4.º y 5.º, se contiene la crítica mi-

1. *Explorar el fenómeno vida y muerte* como si nada se hubiera dicho de él, porque hasta el momento ninguna ciencia ha explicado satisfactoriamente estos fenómenos. La muerte es una transformación, hipótesis nueva frente a las doctrinas morales, sociales y religiosas propugnadas hasta este tiempo.

2. *Consultar a la experiencia* y tomarla por guía en todo aquello que se sujeta a observación o experimentación. Según este principio, no se encuentra nada horroroso ni terrible en la muerte, sino un retraimiento, suave y a veces imperceptible de ciertas funciones, la cesación o el descanso del organismo, para empezar o continuar otra vida. La vida sucede a la vida, y el vivo no sabe nada de lo que le pasa al difunto.

3. *Pasar por analogía de lo conocido a lo desconocido*, y llenar así el vacío que dejan la observación y la experimentación. En este caso, se concluye que la muerte es un tránsito necesario, uno de los muchos eslabones por donde viene a ser viviente quien antes no lo era, a sentir y a sentirse lo que antes no sentía ni se sentía. Por este medio únicamente se puede decir algo de la muerte, y a fe que no es nada horroroso ni terrorífico. Es el sistema de las analogías universales, que presenta a la muerte como la realización del destino divino.

4. *Proceder en todo por análisis y síntesis*. El término "muerte" significa en hebreo "ministerio, unión, fin", que es como decir: "llegar al fin", "ministerio de unión final", "ministerio unido al fin o que toca al fin", "líquida o clara unión final". Por cesación de funciones, todos los seres vivos llegan una vez a unirse con su Hacedor, después de haber estado durante un tiempo distantes de El. La tristeza y lloros de los que presenciaban la muerte son efecto de la imaginación, del corazón, de cierta perturbación mental que en tales casos se despliega a consecuencia de anteriores preocupaciones, de afecciones inconsideradas o, cuando más, de simpáticos padecimientos. Por el contrario, debiera considerarse el trance como de satisfac-

---

nuciosa de cuanto contribuía, según el autor, a la infelicidad terrena del hombre. En este capítulo se concreta la tesis de García Blanco sobre la cuestión que propugna, para alejar el horror a la muerte que el hombre siente, vista con la luz de la Filosofía y el testimonio de innumerables fuentes.

ción al contemplar que vamos a seguir sirviendo a Dios en un nuevo orden.

5. *No juzgar a la naturaleza limitada solamente a los medios y procedimientos conocidos; sino infinita, inconmensurable e incomprensible, como se manifiesta en todas sus consecuencias. La muerte es un misterio aún ignorado, uno más de los hechos naturales. ¿Quién sabe si después de muertos habremos de figurar de un modo más digno aún que el que nos ha tocado hasta el presente? ¿Quién sabe si esos dogmas religiosos de la resurrección de la carne y la vida perdurable serán una remembranza mitológica del destino ulterior de nuestro cuerpo, después de esa transformación accidental llamada muerte?*

6. *Simplificar cuanto sea posible los resortes de toda máquina y mecanismo o mecánica material o moral, y no salirse de la verdad experimental una vez conocida. Se nace para vivir, y somos necesarios. De otro modo sería la vida y felicidad del hombre sin los prejuicios que existen sobre la muerte, todos sus actos serían más espontáneos y sinceros si no estuviese violentado a cada momento con el recuerdo de una cosa insignificante en sí, tremenda a fuerza de sofismas y de falsos oráculos.*

7. *Observar la naturaleza y aprovechar sus más ligeras indicaciones. Su respuesta sobre la muerte se limita a enseñarnos que nada de lo que existe es subsistente ni está estático; que vivir es un morir continuo del viviente, y que morir es comenzar a vivir en un orden nuevo y superior, o la continuación sistemática de vidas consecutivas. La naturaleza nos avisa desde que nacemos que somos mortales, no para intimidarnos, sino para prepararnos a esa metamorfosis natural y necesaria de que tanto partido sabe sacar ella y podemos esperar nosotros; para desprendernos de las afecciones exageradas a lo presente y de las comodidades o incomodidades de la actual vida.*

8. *Cuidar de que los errores no se tomen como principios o reglas infalibles de bien obrar o pensar en lo físico, moral, social o religioso que nos incumba. La preocupación del que obedece o el interés del que manda tan sólo, han creado el horror a la muerte, bien por los castigos temporales o conminaciones eternas de futuro, hasta considerar materia de fe y de or-*

den público los errores más crasos, los temores más trascendentales e infundados.

9. *Observar y no imaginar las cosas que conviene saber o desentrañar.* Lo que se cree y teme de la muerte es pura ficción de la fantasía, de algo que no se ve, ni se oye, ni se siente, ni se nos ha revelado. Se ha de ver la muerte como un tránsito insignificante y mirarlo como cualquier fenómeno físico o moral que observamos durante la vida, entre ellos el nacimiento, la infancia, la juventud, la virilidad, la vejez, la salud, la enfermedad, un eclipse, la conjunción o posición o cuadratura de otro planeta respecto al nuestro.

10. *Evitar que se tome por razonamiento el abuso de palabras que no se entienden o que nada significan.* Todo lo que se ha dicho sobre la muerte no son más que palabras vacías de sentido, metáforas o verdades conocidas pero sin los sentidos terroíficos que se han querido consignar en ellas.

11. *Olvidar todo lo aprendido disconforme con la razón, y rehacer las ideas desde el principio en cuanto a la vida y su dejación, del cuerpo y su consorte, de Dios y la Naturaleza, de la Sociedad y la Religión, de la legislación y la revelación; e iniciar por esos cauces nuevas vías de consuelo y felicidad.* Así hallaremos el punto de partida otra vez en Dios mismo como principio, medio y término, providente con su obra, glorificado en ella, más allá de injusticias, trabas, exclusivismos individuales y obligaciones violentas impuestas al hombre por una sociedad injusta.

12. *Todo está ligado estrechamente en el sistema universal; no hay disgregación entre sus partes, sino armonía, unidad y coexistencia fortuita.* Según este principio, no se puede despreciar a la muerte o tenerla en poco, sino para no estremecerse al oír su nombre, ni horrorizarse de pensar en ella, ni abatirse con su recuerdo o a su vista. El hombre y su vida son una insignificancia en la naturaleza, y la muerte no es el aniquilamiento de sustancias.

13. *Considerar lo que conviene para perpetuar la armonía universal, encontrando que la muerte, entendida como aniquilamiento vital, fin o término de una existencia, y principio de otra infeliz o dichosa eternamente, es un obstáculo insuperable*

para concebir la perpetuidad, solidaridad y armonía del universo, y un mezquino punto de vista para contemplar a la Divinidad. Por el contrario, siendo la muerte el cumplimiento de los decretos eternos, se desecha fácilmente la preocupación, las ficciones y errores que se han querido hacer valer acerca de la muerte humana.

14. *Admirar el fenómeno de la muerte sin estupor* de ningún género, sin temores ulteriores por un suceso que nada de horrendo anuncia ni envuelve en sí. Si entendemos que los designios de Dios son inexcrutables, viviremos con otro desahogo, otra esperanza y libertad, de otro modo más digno de la Divinidad de que procedemos, de la humanidad, sociedad y religión a que actualmente pertenecemos.

#### OBRA Y AUTOR

En "*Análisis filosófico de la Escritura y Lengua Hebrea*" (Madrid, 1851. Tomo 3.º, págs. 479-503), y con más perspectiva en su autobiografía (Madrid, 1869), Antonio M.ª García Blanco proporcionó unos datos valiosísimos sobre su vida, sobre el alcance de sus tareas docentes en general y de la lengua hebrea, sobre sus deducciones filosóficas y preocupaciones didácticas. Naturalmente, en el último encontramos referencias auténticas sobre este manuscrito, citado en primer lugar entre sus obras inéditas:

"Quiero decir algo de otras obras que tengo concluidas  
"y que esperan ocasión y medios para publicarse, tales  
"son: "*Antídoto contra la muerte*", o "*Contemplaciones...*", obra en folio, a mi ver importantísima, y de  
"suma trascendencia, en que desenvuelvo el sistema de  
"vida que he seguido desde mi niñez, mediante el cual  
"he vivido y vivo sumamente feliz, despreocupado y contento. Consigno mis ideas sobre todos aquellos puntos,  
"y abro la puerta a todos para que me sigan, si gustan,  
"o rectifiquen sus creencias, opiniones y temores acerca  
"de la muerte".

Estos temores, opiniones y creencias le habían dictado un pensamiento fundamental:

"La muerte en sí y en sus ulteriores consecuencias no es nada de eso terrible y espantoso que se cree y se teme vulgarmente: es sólo un trance natural y necesario consiguiente al anterior y anteriores estados del viviente, mediante el cual vuelve el hombre a lo que fue antes de serlo, se proporciona a otros hombres y a otros vivientes el ser, sustancia, alimento y vida que necesitan, y se perpetúa y armoniza el universo para que cumpla su destino, así como cada una de sus partes vivientes y no vivientes lo va cumpliendo espontánea e indeliberadamente, a viva fuerza y con plena libertad, sin saberlo ni sentirlo, que es el gran misterio de la creación y de la naturaleza" (fol. 140a).

Pudo el autor haber vivido con el optimismo y la felicidad que dice; pero el proceso de su pensamiento y los términos con que le expresó en el "*Antídoto contra la muerte*" concuerdan muy difícilmente. Por eso extraña la parte de la conclusión que dedica a explicar el tiempo en que le compuso:

"Réstame ahora hacer una ligera observación sobre el día y momento en que acabo este antídoto... Esta obra, que sin pretensiones de ningún género *empecé el día de Resurrección del año próximo pasado*, mil ochocientos cincuenta y tres, concluidas que fueron *las fiestas religiosas de los Augustos Misterios de la Redención universal según el culto católico; termina hoy, Jueves Santo, 13 de abril de 1854*. Entonces me inspiró tal pensamiento la victoria conseguida sobre la muerte y el pecado por Nuestro Redentor Jesucristo, mediante la heroica vida y muerte gloriosa de un Justo y su resurrección simbólica... ¿A qué viene, pues, ya ese retraimiento impío, esa desconfianza pagana, ese temor servil, ese miedo u horror a una cosa ya vencida, destruída, aniquilada por el Autor de la vida, Primogénito de

"los muertos, Príncipe de paz, Padre del siglo futuro, "Hombre, Ungido y Salvador, *homo Christus Iesus*?"<sup>11</sup>.

Aunque no intentaba manifestar toda la variedad y amplitud de sus conocimientos, García Blanco no se sustrae a ellos en este manuscrito, que dirigía hacia el gran público. La historia de la filosofía, naturalmente, anda entre sus páginas para encontrar el contraste de sus ideas; su saber de las lenguas clásicas —griego, latín y, sobre todo, hebreo—, surge en los términos y citas precisos que pueden reforzar el sentido de sus argumentos. Las alusiones evangélicas y del Antiguo Testamento se refieren a puntos y hechos muy conocidos, que no requieren una más exacta explicación por su parte. Ofrece también en el "*Antídoto*" varias referencias en hebreo, especialmente sobre el sentido alegórico de las letras de "el idioma primitivo" (folio 152b), según su concepto.

#### LIBRO POLÍTICO

En "*Antídoto contra la muerte*", que trata de lo divino y de lo humano, se manifiesta García Blanco fundamentalmente disconforme con el montaje social y religioso de la humanidad desde sus mismos comienzos, apuntando a programas y soluciones políticas. Aprovechó el tema para lanzar una contenida inquina contra todo lo que pudo oponerse a sus ambiciones terrenas<sup>12</sup>, sin perdonar en su crítica a ningún tipo de instituciones, para minarlas abiertamente, aunque sin la finura de unos modelos que quiso seguir en el estilo (don Francisco de Quevedo) y contenido (los libros de "Job" y "Eclesiastés"), porque con el empeño de convencer del temor infundado a la muerte, quita también las ganas de vivir.

Contumaz liberal, antimonárquico por sistema, culpa a las

<sup>11</sup> En la última frase del manuscrito, previa a la firma, dice: «*Hac est fides catholica, quam nisi quisque fideliter firmiterque crediderit, salvus esse non poterit. Ita sensit, iudicat, profitetur*».

<sup>12</sup> Con más o menos voluntaria afición política, García Blanco llegó a Madrid, en 1836, y precisamente como Diputado a Cortes por Sevilla. Circunstancias anteriores y posteriores amargaron su vida y le proporcionaron una esquinada forma de ser y brusquedad de sentimientos.

monarquías de los males de todos los países y de la defectuosa organización de la sociedad. En muchos aspectos, recoge las corrientes negativas de su siglo, sin edificar una teoría social aceptable ni describir más que la felicidad supuesta de una muerte sin pasión. Sus argumentos contra la Religión y el Estado se han esgrimido desde siempre por todos los extremismos. A pesar de su esfuerzo generalizador, parece enderezar su feroz crítica a la España de su tiempo, que le disgustaba cordialmente por el funcionamiento de la monarquía y la interpretación oficial de la religión. Renegado de la política <sup>13</sup>, con todos los defectos y equivocaciones de aquella, da a entender que la vida de su país habría sido muy otra de haber transcurrido la historia por el camino opuesto al que llegó hasta él.

#### EL PADRE GARCÍA BLANCO

Hasta aquí no se ha traslucido la condición personal de Antonio M.<sup>a</sup> García Blanco. Quien así discurrió era un sacerdote de la Iglesia católica, que en momento alguno de esta obra alude a su ministerio. Ordenado con reparos, fue en 1827 párroco de Valdelarco (Huelva) y Ecija, sucesivamente; y en 1832, por oposición, Magistral de la Real Capilla de San Fernando, en Sevilla. Escribe como católico convencido, sin manifestar una acritud auténtica contra todo lo que arremete; pero ha conseguido un libro pesimista, desconsolador, sin rasgo de esperanza en la vida presente ni en la futura. Ni aun el temor a la muerte desaparece con sus argumentos <sup>14</sup>.

Por esta suma de impresiones, la "ocasión y medios para publicarse" que esperaba, no llegaron para el "*Antídoto contra la muerte*" en los 36 años que vivió el autor después de escribirle; ni para la inmediata que terminó, peregrina obra que, según propio testimonio, corrió peor suerte aún y se llevó, con la desventura, las ilusiones del padre García Blanco. Su forma de

<sup>13</sup> En momento alguno cita el término Estado, aunque está tácita e insistentemente insinuado, y el autor formulando un sistema para su organización, cuando ataca a la sociedad.

<sup>14</sup> Parece apuntar al judaísmo como doctrina e interpretación político-religiosa de la sociedad más aproximada a la perfección.

ser, de pensar y de decir, más ligadas al siglo que a la disciplina eclesiástica, dieron trabajo a la censura<sup>15</sup>. Lo refiere así en la autobiografía:

"En el año 1855 quise publicar una traducción literal del "*Pentateuco*"...Pero sobrevino la reacción del año '56, y mi obra pasó a la censura eclesiástica, al catedrático de hebreo del Seminario de Toledo, quien dio un informe tan desfavorable para la obra, como honorífico para mí. Vino el asunto a la Vicaría de Madrid, y allí, y por evitar mayores males, tuve que condescender con que se inutilizara el libro, en virtud del auto judicial que proveyó el teniente vicario entonces don Ponciario Arciniega, hoy obispo de Mondoñedo... A pesar de esto, tengo concluida casi del todo la traducción de la *Biblia* según la verdad hebraica; y si la libertad de imprenta se afirma entre nosotros, verá la luz la traducción bíblica completa, y los inteligentes imparciales me calificarán".

Lo que pudo ocurrir después como consecuencia de su actitud y sentimientos, hay que imaginarlo, arrastrado también por los avatares de la política, cuando esperaba una suspirada república:

"Por lo que respecta a mí, no he podido hacer más (en cuanto a la enseñanza de la lengua hebrea). El Gobierno, que me auxilió para escribir dicha obra (el "*Diq-dûq*"), y que me siguió dispensando honores y medios para continuar los estudios, me encargó, por último, la formación de un Diccionario hebreo-español, *dispen-*

<sup>15</sup> La natural aspiración humana a desempeñar funciones de mayor alcance, estaba ya defraudada en García Blanco, cuando decía: «Otra obra tengo también compuesta, que intulo «*El libro de los obispos*», en 4.º, explanación de un opúsculo que escribí con motivo de haber sido presentado un amigo mío para el obispado de Teruel, al parecer temiendo él mucho el cargo, *Angelicis humeris formidandum*, como dice el *Catecismo* de San Pío V. Entonces formé como el croquis de la obra, bajo el título de «CONSEJOS DE UNO QUE NO PUEDE SER OBISPO a otro que no quiero serlo», ambos doctores en Teología y catedráticos de la Universidad Central...».

*"sándome por esto de la asistencia a la Cátedra, con objeto de que recuperase mi salud. Pero lo quebrantado de ésta, mi edad y las vicisitudes políticas que han trabajado al Reino, no me han dejado adelantar en la obra tanto como yo quisiera".*

Esto escribía en 1869, y es probable que no se reintegrase más a la cátedra. Volvió a su Osuna natal, donde falleció años adelante (1890), a la edad de 90 años <sup>16</sup>. Si como pedagogo pudo ser tenido en cuenta, sus lucubraciones de otro orden nacieron con mala estrella.

*Pascual Pascual Recuero*

---

<sup>16</sup> El autor es un personaje que está reclamando un estudio completo, que abarque su vida, semblanza, docencia de la lengua hebrea, y obras que escribió, impresas o inéditas, o simplemente planeadas, de las que él mismo dio noticia tan exacta, como de la existencia del manuscrito que motivó nuestras notas.